

descomunal tizona, á la que no abandonaba nunca, formaba con su busto un grotesco ángulo, que hubiera movido á risa en otra circunstancia. A la aproximación de sus camaradas no se movió más que un tronco. Inquieto por aquella actitud inmóvil, Blazius dirigió la luz de la linterna sobre el semblante de Matamoros, y poco faltó como esta no se le cayó de las manos, tanto espanto le infundió el espectáculo que se presentó á su vista.

La cara del pobre cómico no ofrecía ya los colores de la vida. Estaba blanco como la cera; su nariz, oprimida por los secos dedos de la muerte, brillaba como hueso pulimentado, y la piel que la cubría estaba tirante; sobre sus cejas y sus pestañas se habían detenido algunos copos de nieve, y sus dilatados ojos miraban cual si fuesen de cristal. En las puntas de sus bigotes, brillaba un carámbano cuyo peso les hacia doblegar; el sello del silencio eterno cerraba aquellos labios de los que habían volado tan graciosas fanfarronadas, y el cráneo, esculpido por la flaqueza, aparecía ya á través de su pálido rostro, en el que la costumbre de los visages había impreso arrugas horriblemente cómicas, arrugas que aun el cadáver conservaba, pues es una miseria del cómico, que en él la muerte no pueda guardar su gravedad.

Alimentando todavía alguna esperanza, el Tirano intentó sacudir la mano de Matamoros, pero el brazo ya envarado volvió á caer todo de una pieza con ruido seco como el brazo de madera de un autómeta al que se suelta el hilo. El infeliz había abandonado el teatro de la vida por el de la eternidad. Sin embargo, no pudiendo admitir que su amigo estuviese muerto, el Tirano preguntó á Blazius si llevaba con él la calabaza. Este no se separaba nunca de tal mueble, en el que quedaban todavía algunas gotas de vino. El Tirano introdujo el gollete de aquella entre los amoratados labios de Matamoros; pero los dientes del pobre cómico permanecieron obstinadamente cerrados, y el cordial licor volvió á salir en rojas gotas por los extremos de la boca. El soplo vital había aban-

donado para siempre aquella frágil arcilla, pues la menor respiración hubiera producido un vapor visible en aquella atmósfera helada.

—No atormentéis más estos pobres despojos,—dijo Sigognac;—¿no veis que está muerto?

—¡Ah! sí,—respondió Blazius,—tan muerto como Cheops debajo de la gran pirámide. Sin duda, atontado por la violencia de la nieve y no pudiendo luchar contra el furor de la tempestad, se habrá detenido cerca de este árbol, y como no tenía dos onzas de carne sobre sus huesos, se le habrá pronto helado la médula. A fin de producir efecto en Paris, acertaba cada día su ración, y estaba más estenuado por el ayuno que un lebrele después de una cacería. ¡Pobre Matamoros! ¡hétete ahí para siempre al abrigo de los papirotos, puntapiés y garrotazos que te obligaban á aguantar los papeles que representabas! Ya nadie más se reirá á tus barbas.

—¿Qué vamos á hacer de este cuerpo?—interrumpió el Tirano,—no podemos dejarle aquí al lado de esta zanja para que los lobos, los perros y los pájaros lo desmenuzen, aunque sea un mísero bocado en el que los mismos gusanos no encontrarán de qué almorzar.

—Ciertamente que no,—dijo Blazius;—era un bueno y leal camarada, y como no es que digamos muy pesado, tú vas á cogerlo por la cabeza y yo por los piés, y ambos lo llevaremos hasta la carreta. Mañana, á la luz del día, le inhumaremos en el sitio más decente posible; pues, á nosotros los histriones, la Iglesia nos cierra las puertas del cementerio, y nos niega el consuelo de dormir en tierra santa. Debemos ir á pudrirnos en las gemonias como perros reventados ó caballos muertos, después de haber pasado la vida divirtiendo á la gente de bien. Vos, señor Baron, nos precederéis y llevaréis la linterna.

Sigognac hizo una señal de asentimiento con la cabeza. Los dos cómicos se bajaron, apartaron la nieve que cubría ya á Matamoros cual sudario prematuro, levantaron el lige-

ro cadáver, que pesaba ménos que el de un niño, y se pusieron en marcha precedidos del Baron, que alumbraba con la linterna.

Afortunadamente nadie pasaba por el camino á tal hora, pues para el viajero hubiera sido un espectáculo por demás espeluznante y misterioso aquel fúnebre grupo iluminado de un modo fantástico por el rojizo reflejo de la linterna, que dibujaba detrás de los que lo componían largas disformes sombras sobre la blanca nieve. Al que tal hubiese presenciado, se le hubiera acudido la idea de un crimen ó de una brujería.

El perro negro, como si hubiese tenido conciencia de que habia concluido su papel, habia cesado sus aullidos. Sepulcral silencio reinaba en toda la extensión de aquellos desiertos campos, pues sabido es que la nieve tiene la propiedad de amortiguar los sonidos.

Hacia algun rato que el Intrigante, Leandro y las comediantas habian percibido la roja lucecita balanceándose en la mano de Sigognac, luz que enviaba bruscos reflejos á los objetos, que tomaban aspectos extravagantes ó formidables, hasta que se desvanecían de nuevo en la oscuridad. Alternativamente visto y oculto, á aquella incierta luz, el grupo que formaban el Tirano y Blazius, unidos por el cadáver de Matamoros colocado horizontalmente, como dos palabras unidas por un guion, tomaba una apariencia enigmáticamente lúgubre. El Intrigante y Leandro, movidos de una curiosidad inquieta, se dirigieron al encuentro del cortejo.

—¿Qué ocurre?—dijo el escudero de comedia, cuando se hubo unido á sus compañeros;—¿por ventura Matamoros estaria enfermo que le llevais de esta suerte, en volandas y tan envarado como si se hubiese tragado la tizona?

—No está enfermo,—contestó Blazius,—y aun diré que goza de salud inalterable. Gota, fiebre, catarro, mal de piedra, no pueden ya hacer presa en él. Está para siempre curado de una enfermedad para la cual ningun médico, fuese este Hipócrates, Galeno ó Aviceno, ha encontrado remedio,

quiero decir la vida, de la que se acaba siempre por morir.  
—¡Está muerto!—dijo el Intrigante con acento de dolorosa sorpresa é inclinandose sobre el rostro del cadáver.

—Difunto y bien difunto, no puede estarlo más, si es que hay grados en este estado, pues al frio natural de la muerte reune el de la helada,—respondió Blazius con voz cuyo temblor revelaba mayor emocion que la que aparentaban sus palabras.

—¡Ha dejado de existir! como dice el confidente del príncipe al final de las tragedias,—añadió el Tirano.—Pero hacenos el favor de relevarnos un poco; os ha tocado el turno. Mucho rato há que llevamos nuestro querido compañero sin esperanza alguna de guantes.

El Intrigante sustituyó al Tirano, y Leandro á Blazius, aunque el oficio de sepulturero no fuese muy de su gusto, y el cortejo emprendió de nuevo la marcha.

Pocos minutos despues se reunian á la carreta detenida en medio del camino.

A pesar del frio, Isabel y Serafina se habian apeado del vehículo, en el que solamente la Dueña, acurrucada, abria despavoridos sus ojos de mochuelo.

Al aspecto de Matamoros, pálido, tieso, helado, llevando en el rostro esa inmóvil máscara á través de la cual el alma no mira ya, las comediantas exhalaban un grito de espanto y de dolor, y de los puros ojos de Isabel se deslizaban dos lágrimas, que se helaron al instante á la influencia del nocturno áspero eierzo. Sus hermosas manos enrojecidas por el frio se juntaron piadosamente, y fervorosa plegaria por el que acababa de desaparecer por el escotillon de la eternidad, voló en alas de la fé hácia las profundidades del oscuro cielo.

¿Qué hacer? La situacion no dejaba de ser embarazosa. La aldea donde debian pasar la noche estaba una ó dos leguas léjos y haria mucho tiempo que estarían cerradas las puertas de las casas y recogidos los vecinos cuando llegasen á ella; por otra parte, no podían permanecer en medio del camino,

envueltos por la nieve, sin leña con que encender fuego, sin víveres para rehacerse, en la compañía por demás siniestra y desagradable de un cadáver, y aguardar el dia, que se levanta muy tarde en la estacion de los frios.

Resolvieron pues ponerse en marcha.

La hora que pudo gozar de descanso y un puñado de avena que le dió el Intrigante, habian devuelto un poco de vigor al fatigado caballo, que ¡pobre! parecia refocilado y capaz de salvar la distancia que les separaba de la aldea próxima.

Matamoros fué depositado en el fondo de la carreta, debajo de un telon.

Las comediantas, no sin cierto estremecimiento de terror, se sentaron en la delantera del vehículo, pues la muerte forma un espectro del amigo con quien poco antes se ha hablado, y el que os divertia os espanta cual fantasma ó genio maligno.

Los hombres iban á pié, el Intrigante alumbraba el camino con la linterna de la que habian renovado la vela, y el Tirano llevaba de la brida al caballo para impedir que se cayese.

No iban de prisa, pues el camino era difícil; sin embargo al cabo de dos horas empezaron á distinguir, al pié de una pendiente bastante pronunciada, las primeras casas de la aldea.

La nieve habia cubierto con blancas camisas los tejados, haciéndoles resaltar, á pesar de la noche, sobre el sombrío fondo del cielo.

Al oír desde léjos el chirrido de la carreta, los perros, inquietos, movieron una batahola de mil demonios, y sus ladridos despertaron otros de los cortijos aislados, en una extension no calculable. Era aquello un concierto de aullidos, los unos sordos, chillones los otros, con solos, réplicas y coros en el que tomaba parte toda la perrería de la comarca. Así es que cuando la carreta se detuvo, la aldea estaba so-

bre aviso, y más de una cabeza adornada con su gorro de noche aparecía por una ventanilla ó por la hoja superior de una puerta entreabierta, lo que facilitó al Pedante entablar las negociaciones necesarias para procurar un asilo á la compañía.

Indicósele la posada, ó cuando ménos una casa que hacia las veces de tal, pues la aldea no se veía muy frecuentada por viajeros, que por lo común pasaban de largo.

Estaba la posada en cuestion situada al lado opuesto de la aldea, por lo que el pobre rucio debió de dar una embestida más; pero este olia el establo, y haciendo un esfuerzo supremo, arrancó con sus cascos, á través de la nieve, algunas chispas á los guijarros.

No podían los cómicos equivocarse; una rama de acebo, muy parecida á esos ramos que se mojan en las aguas lustrales, colgaba encima de la puerta, y el Intrigante, levantando su linterna, constató la presencia de aquel hospitalario símbolo. El Tirano dió con ambos puños y como si repicase un tambor una granizada de golpes en la puerta, y pronto dejóse oír en el interior el característico ruido de unas chancas bajando una escalera. Un rayo de rojiza luz filtró á través de las rendijas de las tablas; abrióse la hoja, y apareció en todo el horror de un *negligé* poco gentil una vieja protegiendo la luz con descarnada mano que parecía encenderse en la vacilante llama de una vela de sebo. Ambas manos teniéndolas ocupadas, sostenía con sus dientes ó mejor con sus encías la orilla de su camisa de gruesa tela, con el púdico intento de ocultar á las miradas libertinas encantos que hubieran hecho huir horrorizados á los machos cabríos del conventículo.

Introdujo la vieja á los cómicos en la cocina, colocó la vela encima de la mesa, y removió la ceniza del hogar para avivar algunas amortiguadas brasas que pronto hicieron chisporrotear un puñado de chamarasca; luego volvió á subir á su cuarto para echarse encima una saya y un jubon.

Un mozo fornido, restregándose los ojos con sus mugrientas manos, fué á abrir las puertas del patio, donde hizo entrar la carreta; luego quitó los arneses del caballo y lo condujo al establo.

—No podemos sin embargo dejar al pobre Matamoros en el carro como un gamo á quien se trae de la caza,—dijo Blazius;—los perros vagabundos podrian profanarlo. Después de todo, nuestro amigo ha recibido el bautismo, y es preciso velarlo como á buen cristiano que era.

Cogieron el cuerpo del difunto cómico, lo colocaron sobre la mesa y lo cubrieron respetuosamente con una capa, debajo de la cual se dibujaba enérgicamente la rigidez cadavérica de Matamoros y resaltaba el afilado perfil del rostro, quizás más horriblemente que si hubiese estado descubierto.

Quando la hostelera volvió á penetrar en la cocina, poco le faltó como no cayó de espaldas á causa del sobresalto que le causó el aspecto de aquel muerto al que tomó por un hombre asesinado, y por sus matadores á los cómicos. Ya tendia con ademán suplicante sus apergaminadas y temblorosas manos hácia el Tirano, á quien juzgó jefe de la cuadrilla, para que le concediese la vida en cambio del más absoluto secreto, cuando Isabel, contándole en pocas palabras lo acaecido, la tranquilizó. Entonces la vieja fué por dos velas más y las colocó simétricamente al rededor del muerto, brindándose á velar con la señora Leonarda, pues á menudo en la aldea habia amortajado cadáveres, y sabia lo que debia hacerse en tan tristes tareas.

Tomadas estas disposiciones, los cómicos se retiraron á otra pieza, donde, con poco apetito á causa de las lúgubres escenas de que habian sido testigos, é impresionados por la pérdida del honrado Matamoros, apenas probaron bocado. Quizás por primera vez en su vida, aunque el vino era bueno, Blazius dejó su vaso medio lleno, olvidándose de beber. Verdaderamente era necesario que estuviese herido en el alma, pues era bebedor de esos que desean ser enterrados de-